EDICIONES COMPLUTENSE

Sociedad e Infancias
ISSN-e: 2531-0720

MONOGRAFÍA

“Mi colonia es bonita pero peligrosa”: resignificación del barrio en contextos de violencia criminal

Mariana Caucih Palomares
Maestra en Ciencias Sociales y doctorante en El Colegio de Sonora

Nohora Niño Vega
Investigadora por México SECIHTI-El Colegio de Sonora

https://dx.doi.org/10.5209/soci.107804 Recibido: 15 de febrero de 2026 • Aceptado: 7 de mayo de 2026

Resumen: Este artículo analiza cómo niñas y niños que habitan un contexto de violencia criminal en Ciudad Obregón, Sonora (México), construyen significaciones sobre el espacio barrial y elaboran lecturas situadas del peligro y la seguridad. Desde un enfoque cualitativo, inscrito en el paradigma constructivista y con diseño narrativo, la investigación recupera las voces de doce niñas y niños de entre 10 y 13 años mediante talleres participativos y entrevistas a profundidad realizadas en dos escuelas primarias ubicadas en una colonia con alta incidencia de violencia. El análisis temático-relacional de las narrativas permitió identificar patrones de significado vinculados a la experiencia espacial de la violencia.

Los hallazgos muestran que el barrio es construido de manera ambivalente: simultáneamente como espacio de afecto y pertenencia, y como territorio atravesado por riesgos asociados a dinámicas criminales. Las niñas y niños elaboran “cartografías infantiles del miedo”, entendidas como mapas simbólicos que delimitan zonas prohibidas, trayectos seguros y temporalidades permitidas, orientando su movilidad cotidiana. Lejos de evidenciar desensibilización frente a la violencia, sus narrativas revelan agencia interpretativa, juicios éticos y estrategias de autoprotección que permiten sostener certezas en un entorno inestable. Asimismo, se identifican desigualdades de género en la regulación de la movilidad, que restringen con mayor intensidad la experiencia espacial de las niñas.

El estudio contribuye a los estudios sociales de la infancia al problematizar la violencia como experiencia situada e inscrita en el espacio social, visibilizando la capacidad infantil de producir sentido más allá de enfoques centrados exclusivamente en la vulnerabilidad.

Palabras clave: Infancia; violencia criminal; espacio social; cartografías del miedo; agencia infantil.

PT “Meu bairro é bonito, mas perigoso”: redefinindo o conceito de bairro em contextos de violência criminal

Resumo: Este artigo analisa como crianças que vivem em um contexto de violência criminal em Ciudad Obregón, Sonora (México), constroem significados sobre seu bairro e desenvolvem interpretações situadas de perigo e segurança. Utilizando uma abordagem qualitativa, fundamentada no paradigma construtivista e empregando um desenho narrativo, a pesquisa coleta as vozes de doze crianças entre 10 e 13 anos por meio de oficinas participativas e entrevistas em profundidade realizadas em duas escolas de ensino fundamental localizadas em um bairro com alta incidência de violência. A análise temático-relacional das narrativas permitiu a identificação de padrões de significado ligados à experiência espacial da violência.

Os resultados mostram que o bairro é construído de forma ambivalente: simultaneamente como um espaço de afeto e pertencimento, e como um território atravessado por riscos associados à atividade criminosa. As crianças criam “cartografias infantis do medo”, entendidas como mapas simbólicos que delimitam zonas proibidas, rotas seguras e horários permitidos, guiando assim seus deslocamentos diários. Longe de demonstrarem dessensibilização à violência, suas narrativas revelam agência interpretativa, julgamentos éticos e estratégias de autoproteção que lhes permitem manter um senso de segurança em um ambiente instável. Da mesma forma, identificam-se desigualdades de gênero na regulação da mobilidade, que restringem mais intensamente a experiência espacial das meninas.

[1] Este artículo se deriva de la tesis de maestría titulada “Crecer entre balas, cómo resignifican niños y niñas la violencia criminal en Ciudad Obregón”, presentada por la primera autora en El Colegio de Sonora y financiada a través de la Beca Nacional de Posgrado del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologias.

O estudo contribui para os estudos sociais da infância ao problematizar a violência como uma experiência situada, inscrita no espaço social, destacando a capacidade das crianças de criar significado para além de abordagens focadas exclusivamente na vulnerabilidade.
Palavras-chave: Infância; violência criminal; espaço social; cartografias do medo; protagonismo infantil.

ENG "My neighborhood is beautiful but dangerous": redefining the neighborhood in contexts of criminal violence

Abstract: This article analyzes how children living in a context of criminal violence in Ciudad Obregón, Sonora (Mexico), construct meanings about their neighborhood and develop situated interpretations of danger and safety. Using a qualitative approach, grounded in the constructivist paradigm and employing a narrative design, the research gathers the voices of twelve children between the ages of 10 and 13 through participatory workshops and in-depth interviews conducted in two elementary schools located in a neighborhood with a high incidence of violence. The thematic-relational analysis of the narratives allowed for the identification of patterns of meaning linked to the spatial experience of violence.
The findings show that the neighborhood is constructed ambivalently: simultaneously as a space of affection and belonging, and as a territory traversed by risks associated with criminal activity. The children create "children's cartographies of fear," understood as symbolic maps that delineate forbidden zones, safe routes, and permitted times, thus guiding their daily movements. Far from demonstrating desensitization to violence, their narratives reveal interpretive agency, ethical judgments, and self-protection strategies that allow them to maintain a sense of certainty in an unstable environment. Likewise, gender inequalities are identified in the regulation of mobility, which more intensely restrict girls' spatial experience.
This study contributes to social studies of childhood by problematizing violence as a situated experience inscribed within social space, highlighting children's capacity to create meaning beyond approaches focused exclusively on vulnerability.
Keywords: Childhood; criminal violence; social space; cartography of fear; children's agency.

Sumario: 1. Introducción. 2. Cartografías infantiles del miedo: violencia, territorialidad y experiencia situada. 3. Metodología. 4. "Mi colonia es bonita pero peligrosa": una fotografía del espacio barrial. 4.1. El género como mediador de la experiencia. 4.2. Generación y distanciamiento en la producción de sentido. 5. La cartografía infantil del miedo. La movilidad infantil a partir de los códigos de seguridad y vulnerabilidad. 6. Conclusiones. 7. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Caucih Palomares, M. y Niño Vega, N. (2026). "Mi colonia es bonita pero peligrosa": resignificación del barrio en contextos de violencia criminal. *Sociedad e Infancias*, *10*(1), 95-107. https://dx.doi.org/10.5209/soci.107804

1. Introducción

En diversos contextos urbanos de América Latina, la violencia criminal se ha convertido en una condición persistente que atraviesa la vida cotidiana y reconfigura la experiencia del territorio. Más allá de las cifras que miden homicidios o enfrentamientos armados, que son realmente preocupantes, la violencia produce efectos que reorganizan prácticas, trayectorias y percepciones del espacio. En ciudades como Ciudad Obregón, Sonora – identificada en los últimos años por sus altos índices de violencia– niñas y niños crecen en entornos donde los disparos, las desapariciones y los rumores forman parte del paisaje cotidiano. Sin embargo, sus voces continúan siendo escasamente considerada en el análisis de estos fenómenos.

Al revisar la literatura sobre violencia criminal se ha privilegiado los enfoques centrados en seguridad pública, crimen organizado o impactos estructurales (Arias, 2006; Arias y Goldstein, 2010; Trejo y Ley, 2020), mientras que los estudios sobre infancia han tendido a abordar a niñas y niños desde categorías de vulnerabilidad o victimización (Moser y McIlwaine, 2004; Pinheiro, 2006). Si bien estas perspectivas permiten visibilizar afectaciones relevantes, resultan insuficientes para comprender cómo las niñas y niños habitan y significan territorios atravesados por la violencia persistente. Los estudios críticos de la infancia en América Latina subrayan la importancia de reconocer a niñas y niños como sujetos sociales que interpretan activamente su entorno y participan en la producción de significados sobre la violencia que observan y experimentan (Niño y Calderón, 2020, Ospina-Alvarado *et al.*, 2014; Sánchez López, 2023). De este modo, los niños no son únicamente víctimas pasivas, sino actores que desarrollan lecturas propias sobre el riesgo, el peligro y la seguridad.

Centradas en esta última perspectiva, el artículo propone analizar cómo niñas y niños entre 10 y 13 años que habitan una colonia con alta incidencia de violencia criminal construyen significaciones sobre su barrio y delimitan espacialmente el riesgo. A partir de un enfoque cualitativo, el análisis identifica lo que se conceptualiza como cartografías infantiles del miedo, configuraciones simbólico-prácticas mediante las cuales los niños delimitan zonas peligrosas, regulan su movilidad y sostienen formas de estabilidad cotidiana en un entorno marcado por la incertidumbre.

Los hallazgos muestran que el barrio es experimentado de manera ambivalente: simultáneamente como espacio de afecto y pertenencia y como territorio atravesado por riesgos que requieren constante anticipación. Asimismo, evidencian que la familiaridad con la violencia no implica que los niños y niñas no elaboren estrategias interpretativas y prácticas para habitar el entorno. Al visibilizar estas experiencias situadas, el artículo contribuye a los estudios de la infancia al problematizar la violencia como experiencia espacialmente inscrita y al reconocer la agencia infantil en contextos de violencia criminal crónica.

2. Cartografías infantiles del miedo: violencia, territorialidad y experiencia situada

En las últimas décadas, la violencia criminal en América Latina y en México en particular, no puede ser explicada solamente como un fenómeno delictivo aislado. Por el contrario, es necesario aprehenderla como una condición estructurante de amplios territorios. Más que eventos episódicos, las dinámicas criminales persistentes producen efectos que reorganizan la vida cotidiana y transforman la experiencia social del espacio. Esa continuidad temporal, intensidad e inscripción territorial, configura lo que Pearce (2007) denomina violencia crónica: un escenario en el cual el riesgo deja de ser excepcional para integrarse a las rutinas diarias, modulando expectativas, anticipaciones y formas de interacción.

La noción de violencia crónica permite desplazar el análisis desde la idea de irrupción hacia la condición. Así, no se trata solamente de contabillizar homicidios o enfrentamientos armados, sino comprender cómo la presencia reiterada de estos hechos produce una atmósfera social de incertidumbre que afecta la seguridad ontológica, entendida ésta como la experiencia de uno mismo como persona íntegra y contínua en el tiempo (Laing, 1960) que busca mantener una estabilidad en medio de un mundo caótico (Giddens, 1984). Frente a esta incertidumbre que produce la violencia persistente, anticiparse al peligro se convierte en una parte constitutiva de la experiencia cotidiana para poder construir y mantener esa seguridad (Niño *et al*., 2019).

Esta violencia no sólo produce un daño directo, sino que instala un régimen de regulación difuso que orienta comportamientos, redefine trayectos y condiciona nuestro modo de habitar el espacio a partir de su materialidad pero tambien, como lo señalan Arteaga Botello y Arzuaga Magnoni (2017), por la potencia de su dimensión performativa, en la medida que sus actos comunican advertencias, delimitan jerarquías y marca territorios, generando efectos que trascienden a las víctimas inmediatas.

Así, cuando la violencia deviene en crónica, algunos espacios adquieren densidad simbólica específica: calles que se asociana a balaceras, casas que se vuelven zonas de fosas clandestinas, lotes que concentran rumores y advertencias. Estas marcas no siempre son señalizadas físicamente pero se sostienen en narrativas compartidas que circulan en la comunidad. De esta manera, se configuran fronteras invisibles que organizan la movilidad cotidiana. El territorio entonces se va configurando en un mapa social donde el riesgo se distribuye desigualmente y donde los trayectos, horarios y acompañamientos se regulan a partir de anticipaciones colectivas.

En este punto, el miedo adquiere un estatuto analítico que supera su dimensión emocional individual. En estos contextos, el miedo se socializa, se transmite y se aprende. No sólo opera como reacción espontánea ante un evento sino se convierte en disposición práctica que orienta decisiones espaciales y formas de habitar los espacios. De ahí que la experiencia del barrio se redefine como un entramado de alertas, advertencias y códigos tácitos que indican qué espacios evitar, cuándo moverse y bajo qué condiciones hacerlo. Tanto la violencia como el miedo que provoca se convierten no en agentes paralizadores de la vida, sino en elementos que organizan nuevos órdenes y producen el espacio.

Desde las geografías de la infancia se ha documentado que niñas y niños no son receptores pasivos sino que se convierten en agentes activos que leen, interpretan y codifican el territorio a partir de su experiencia situada (Matthews y Limb, 1999; Holloway y Valentine, 2000). Con el escalamiento de la violencia, esta capacidad interpretativa se intensifica, agudizando su lectura sobre las señales que el entorno emite. Así, aprenden a reconocer qué casas están abandonadas y por qué, qué esquinas concentran ciertos actores, qué horarios son seguros. Como lo señalan Matthews, Limb y Taylor (2000), las niñas y niños ejercen una reproducción interpretativa del espacio social, es decir, no replican pasivamente los códigos adultos sino que los procesan y contrastan con su propia experiencia.

Adicionalmente, estos estudios han demostrado que el acceso al espacio público es una experiencia profundamente segmentada en función de la edad y del género, las niñas y niños no habitan el territorio en igualdad de condiciones en comparación con los adultos así como entre ellos. Las posibilidades de moverse, explorar y apropiarse del entorno están atravesadas por normas de género que operan y se intensifican con la presencia de la violencia (Holloway y Valentine, 2000; Karsten, 2003). Así, el espacio público donde la sociabilidad se produce, también es un campo de regulación diferencial donde los cuerpos de las niñas son percibidos como más vulnerables y sometidos por tanto a mayor restricción. En contextos donde la violencia es persistente, esta dinámica se agudiza, amplificando las jerarquías de género preexistentes que confina a las niñas al espacio más doméstico. En este sentido, las cartografías del miedo no son neutrales, están configuradas sobre cuerpos situados donde el cuerpo infantil generizado determina qué espacios son accesibles, en qué horarios y bajo qué condiciones.

Así, reconocer la agencia infantil exige no sólo dar cuenta de que las niños y los niños se mueven menos, implica también preguntarse por el conocimiento que producen sobre el espacio y lo que hacen con ello, dado que esta capacidad interpretativa deviene relevante en la medida que les permite desarrollar lecturas complejas sobre el riesgo, los actores presentes y las normas que regulan su entorno (Niño, 2019; Ospina-Alvarado *et al*., 2014). Esta capacidad interpretativa es lo que ayuda a comprender la emergencia de lo que aquí se denomina cartografías infantiles del miedo. Esta noción conceptualiza los esquemas simbólico-

prácticos mediante los cuales las niñas y niños delimitan territorialmente el riesgo y organizan su movilidad cotidiana. No se trata de mapas literales, sino de un sistema de representación performativos que orientan su forma de habitar los espacios a tráves de la condensación de experiencias, memorias y advertencias compartidas. Estas cartografías se construyen a partir de la repetición de hechos violentos, narrativas familiares que cirgulan en el hogar y de rumores comunitarios que señalan zonas peligrosas.

Las cartografías del miedo operan como dispositivos de regulación práctica que orientan decisiones, trayectos, acompañamientos y horarios; establecen límites implícitos a la exploración del espacio público y reorganizan rutinas diarias2. De esta manera, se entienden como producciones que evidencian una forma de brindarse una seguridad ontológica allí donde la incertidumbre acerca de la vida está presente. Las certezas se van construyendo a través de la creación de prácticas que les permiten anticipar riesgos y preservar un sentido de control, función que cumplen la creación de estas cartografías.

Con estos elementos, se puede señalar entonces que el barrio emerge como un territorio ambivalente: espacio de afecto, pertenencia y sociabilidad, pero también de alerta constante y regulación práctica. Comprender cómo las niñas y niños significan esta ambivalencia permite desplazar enfoques centrados exclusivamente en la vulnerabilidad y reconocer la complejidad de las estrategias mediante las cuales las niñas y niños producen sentido y dan estabilidad a su contexto atravesado por una persistente violencia criminal.

3. Metodología

La presente investigación se inscribe en un enfoque cualitativo cuyo propósito central fue comprender los significados que niñas y niños construyen alrededor de su experiencia de habitar un contexto atravesado por la violencia criminal. Desde una perspectiva constructivista, se parte del supuesto de que la realidad social es una construcción situada que se produce en la interacción y se expresa a través de narrativas, prácticas y representaciones (Hernández Sampieri *et al*., 2003). De tal manera que el interés está centrado no en medir la incidencia de la violencia sino en analizar cómo ésta es significada y territorializada por las niñas y niños. Al mismo tiempo asume que tanto las realidades sociales así como la experiencia de investigación son producidas intersubjetivamente (Guba y Lincoln, 2000), lo que lleva a considerar que el conocimiento no se descubre como una realidad objetiva externa, sino que se construye a partir de la interacción entre investigadoras y participantes, mediante procesos interpretativos que permiten comprender los sentidos que niñas y niños atribuyen a su entorno y a las experiencias vinculadas con la violencia criminal.

El diseño adoptado fue narrativo, en tanto buscaba privilegiar la reconstrucción de experiencias a partir de relatos producidos por los propios sujetos, es decir, la forma como organizan su experiencia y producen sentido (Clandinin y Connelly, 1995). Por esta razón, las narrativas de las niñas y niños no fueron abordadas como simples descripciones de hechos, sino como configuraciones simbólicas mediante las cuales ellas y ellos interpretan el espacio barrial, el miedo, la seguridad y las formas de regulación cotidiana que emergen en contextos de violencia criminal recurrente.

El trabajo de campo se desarrolló en dos escuelas primarias públicas ubicadas en la colonia Urbi Villa del Rey, de Ciudad Obregón, en Sonora. Esta colonia fue identificada por registros oficiales como zona de alta incidencia de violencia criminal. La selección del contexto respondió a criterios de pertinencia teórica y empírica, en tanto el estudio buscó analizar experiencias infantiles situadas en territorios donde la violencia criminal forma parte de la vida cotidiana.

La investigación se desarrolló en cinco fases: contacto institucional, acercamiento con docentes, entrevistas exploratorias con profesorado, implementación de talleres participativos y entrevistas semiestructuradas con niñas y niños. En una primera etapa se realizaron entrevistas con docentes de quinto y sexto grado de ambos planteles, las cuales permitieron contextualizar las dinámicas escolares y barriales, así como ajustar los instrumentos dirigidos a las niñas y niños a partir de hallazgos preliminares.

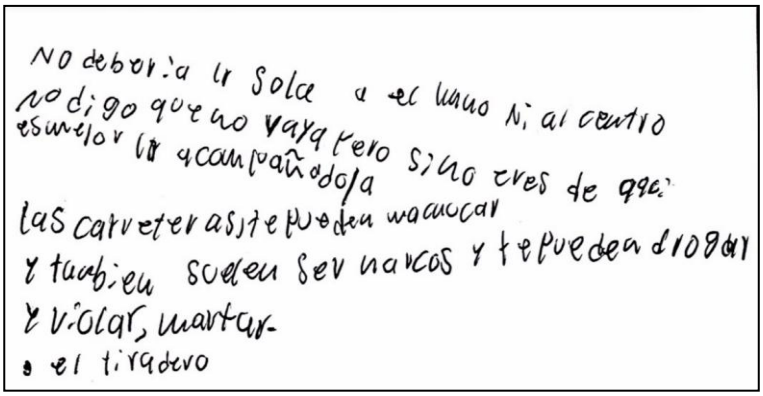
Posteriormente participaron doce niñas y niños entre los 10 y 13 años, inscritos en quinto y sexto grado de primaria. La selección fue intencional, procurando diversidad de género y la disposición voluntaria a participar, privilegiando a niñas y niños que contaran con la autorización de madres, padres o tutores legales para participar en la investigación y que habitaran en la colonia al menos 6 meses. No se establecieron criterios de exclusión relacionados con experiencias previas de violencia, ya que el interés del estudio no fue comparar niveles de exposición, sino comprender cómo la violencia criminal atraviesa la experiencia cotidiana del espacio barrial. Se obtuvo el consentimiento informado por parte de madres, padres o tutores, así como el asentimiento de las y los niños participantes. Se garantizó la confidencialidad y anonimato mediante el uso de seudónimos y la protección de información sensible.

La producción de información combinó talleres participativos, entrevistas semiestructuradas y ejercicios de representación espacial. Los talleres se planificaron para ser aplicados a seis grupos de dos escuelas, constando de cuatro sesiones de una hora. Estos fueron concebidos como un espacio de diálogo, reflexión y construcción colectiva de sentido, sustentados en principios de la educación popular latinoamericana y de la investigación narrativa. Estos talleres se desarrollaron mediante actividades lúdicas, gráficas y narrativas orientadas a explorar percepciones sobre el barrio, lugares seguros y peligrosos, trayectos cotidianos, experiencias de miedo y expectativas sobre la comunidad.

---

[2] Sin embargo, interpretar estas prácticas como evidencia de desensibilización moral no corresponde con el hecho de que, aunque la violencia forma parte del repertorio narrativo cotidiano, las niñas y niños mantienen juicios éticos claros sobre las dinámicas criminales que observan.

Figura 1. Sesión 1 taller. Trabajo individual, a dónde no recomiendan ir.



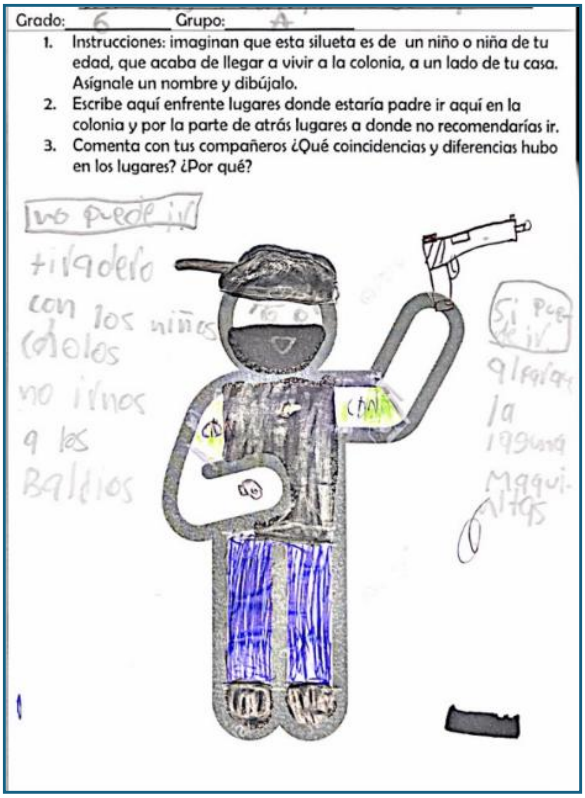
Las entrevistas semiestructuradas realizadas posteriormente permitieron profundizar en experiencias, emociones y significados identificados durante los talleres. Para el desarrollo de estas entrevistas se diseñó una guía de entrevista a partir de categorías relacionadas con la violencia criminal, las prácticas de cuidado, las percepciones de riesgo y las formas de regulación cotidiana presentes en la comunidad.

Las categorías analíticas fueron inicialmente construidas a partir del marco teórico y de los objetivos de investigación; sin embargo, durante el trabajo de campo se realizó un proceso de reorganización analítica para priorizar las dimensiones que emergían con mayor fuerza en las narrativas infantiles. Este proceso permitió delimitar dos grandes categorías: a) violencia criminal y su vinculación con la infancia, y b) violencia como regulador del orden cotidiano. Ambas categorías posibilitaron analizar cómo niñas y niños reinterpretan la violencia a partir de sus experiencias, de los mensajes que circulan en la comunidad y de las estrategias que desarrollan para habitar el espacio barrial.

El análisis de la información se realizó mediante una lectura temática y relacional de las narrativas producidas por niñas y niños mediante el programa NVIVO 11. En una primera fase, se desarrolló una codificación abierta orientada a identificar categorías emergentes vinculadas con las percepciones de peligro, movilidad cotidiana, códigos de seguridad, lugares prohibidos, estrategias de cuidado y experiencias asociadas con la violencia criminal. Posteriormente se realizó una codificación focalizada y relacional que permitió agrupar patrones recurrentes y establecer conexiones entre categorías y dimensiones analíticas.

La consistencia interpretativa se fortaleció mediante triangulación entre distintas fuentes de información: entrevistas con docentes, entrevistas con niñas y niños, producciones narrativas generadas en talleres, ejercicios gráficos y notas de campo. De esta manera se pudieron contrastar perspectivas, identificar recurrencias y reconocer tensiones entre las formas adultas e infantiles de interpretar el espacio barrial y la violencia criminal.

Figura 2. Ejercicio individual sesión 1



Asimismo, el estudio incorporó un ejercicio constante de reflexividad derivado del posicionamiento de una de las investigadoras como ex docente del contexto escolar estudiado y habitante de la misma ciudad. Este posicionamiento facilitó el acceso al campo y la construcción de confianza con participantes e instituciones, pero también implicó un esfuerzo permanente por reconocer las propias interpretaciones, emociones y supuestos para evitar lecturas adultocéntricas sobre las narrativas infantiles.

4. "Mi colonia es bonita pero peligrosa": una fotografía del espacio barrial.

A partir de las diversas interacciones y narrativas construidas por las niñas y niños, observamos que sus relatos revelan una construcción ambivalente del espacio barrial (o colonia) que habitan. Este espacio es descrito como un lugar cotidiano altamente significativo, pero también como un espacio que es atravesado por peligros que se ligan a la violencia criminal. Esta ambivalencia no expresa una contradicción sino una forma situada de valorar el entorno desde la experiencia infantil, en la que el sentido de pertenencia convive con el reconocimiento del riesgo. Las historias de violencia y miedo se entrelazan en la vida cotidiana, produciendo realidades sociales en las que ésta pasa de ser un fenómeno aislado para convertirse en parte de la urdimbre social (Castaño Zapata y Ruiz Romero, 2019).

En los relatos, lo "bonito" de la colonia se asocia con la posibilidad de jugar, convivir y compartir el espacio con amistades y familiares. Jorge, por ejemplo, destaca los aspectos positivos del entorno al señalar: "Pues es bonita y tiene muchos árboles y gente buena [...] convivo con mis amigos, salgo al parque, veo el internet, salgo con mis hermanos" (Jorge, comunicación personal, 7 de abril de 2025). Esta valoración muestra que, pese a las condiciones adversas del contexto, el barrio sigue siendo un espacio de encuentro y construcción de vínculos afectivos para ellos y ellas.

De manera paralela, emergen elementos del entorno que generan incomodidad y malestar, como la basura acumulada, las calles deterioradas y la quema de residuos, condiciones mencionadas por las y los participantes como parte del paisaje cotidiano, sin que en un primer momento sean identificadas necesariamente como peligrosas. Jorge expresa su desagrado al señalar: "No me gusta que la gente tira basura, las calles feas y queman basura, llantas y cables para sacarles el cobre" (Jorge, comunicación personal, 7 de abril de 2025), mientras que Mia comenta: "No me gusta las calles que se inundan con drenaje, que siempre aparece eso, porque no me gusta el olor" (Mia, comunicación personal, 7 de abril de 2025). Estas descripciones configuran una "fotografía" del espacio público marcada por la violencia estructural que evidencia el estado de abandono de ciertos espacios dentro de la ciudad y, aunque hay familiaridad con estas condiciones al mismo tiempo, nombrarlas evidencia la incomodidad que produce y la claridad de que, para ellas y ellos, no son condiciones dignas de vida.

Sin embargo, un factor determinante de sus narrativas ha sido la violencia criminal con la que conviven, como lo menciona Andrés al hablar del barrio: "pues es suave, pero a veces peligroso. [...] Porque hay a veces que agarran a personas, los matan y secuestran y los desaparecen" (Andrés, comunicación personal, 7 de abril de 2025). Relatos como los de Andrés, muestran que la violencia que ocurre no le es ajena dado que se encuentran en sus narrativas menciones acerca de balaceras, pandillas, desapariciones, casas deshabitadas que se ocupan por extraños para la venta de drogas, dibujando así una fotografía muy precisa de la colonia que habitan. En contraste, el denotar los aspectos positivos de vivir en este contexto no se relaciona con la ausencia de violencia, sino con el grado de frecuencia, intensidad y cercanía de dichos actos violentos que pueden haber presenciado, por lo tanto, este peligro ya no se mide por la existencia de este sino por las formas en las que ocurren y las posibilidades de reaccionar frente a ellos.

4.1. El género como mediador de la experiencia

La situación de inseguridad que se experimenta en estos espacios ha reducido el espacio de interacción en la calle experimentándose de manera desigual dependiendo de su género. Así, las niñas y niños coinciden en que la mayoría de las actividades las realizan dentro de casa, desde convivir con su familia, jugar con sus dispositivos electrónicos, cuidar a sus hermanos y cooperar con las actividades del hogar. No obstante, al momento de analizar con el lente de género el uso del espacio público, se encuentran que los niños tienden a ir temprano a jugar a los parques cercanos mientras vayan acompañados de familiares de su edad o amigos que vivan cercano a su calle. En cambio, las niñas no se mueven más allá de la banqueta de su hogar, lo cual sigue la tendencia en Latinoamérica donde se restringe el uso del espacio público y de las dinámicas sociales por el solo hecho de haber nacido niñas (Rivas Espinosa y Terra Polanco, 2024) tal como lo expresa Mia:

> "A veces sí me dejan salir. Salgo con mis amigas allá afuera de mi casa porque, para un parque no me dejan, es raro que salga [...] Porque mis papas son estrictos por así decirlo, o sea, les da miedo que salga de noche, que salga de tarde, que me vaya lejos, no me dejan ir a casa de amigos y ni de otras personas" (Mia, comunicación personal, 7 de abril de 2025).

La conversación con Mia nos revela que sus padres son estrictos, pero esta postura es una respuesta a hechos de violencia perpetrados en su entorno. En la casa de enfrente han desaparecido a su vecino, quien posteriormente fue encontrado muerto en un ejido aledaño a su comunidad. Su cuerpo mostraba señales de haber sido encadenado, ocasionando a su vez que la familia de esta persona abandonara la casa en donde vivían. Los rumores que circularon alrededor de este suceso fue el temor a que personas pertenecientes al crimen organizado, a quien Mia nombra como "la maña", llegaran a invadir la casa abandonada, ya que,

en sus palabras, el vecino "andaba mal, vendiendo cosas". Lo simbólico de la violencia emerge y constituye mensajes hacia otros grupos, así como hacia la comunidad sobre las consecuencias de interactuar o no con ellos. La narrativa que circula de manera oficial y que es acogida en los rumores comunitarios acerca de la participación de las personas víctimas de la violencia dentro de actividades ilegales, sirve como un argumento que les permite construirse una idea de seguridad allí donde la vida está en constante riesgo (Niño *et al*., 2019).

Por su parte, Sofia explica cómo sus abuelos y su mamá con quienes vive no la dejan salir, ya que ellos tienen más tiempo habitando en la colonia y saben que un vecino cuenta con antecedentes de haber abusado sexualmente de una adolescente y han presenciado balaceras en distintos puntos de la ciudad, lo cual hace que ella sienta temor de salir a su calle y transitar de su casa al parque que se encuentra a dos calles, ya que, aunado a lo anterior, cuando un amigo de ella la iba a visitar, encontró una bolsa sospechosa en un baldío cercano y resultó ser un cuerpo dentro de ésta, por lo cual, regresó rápido a casa para comentarlo con sus papás y reportarlo a la policía.

La misma situación de limitación del espacio público también es experimentada por Yailin, como menciona en su narrativa:

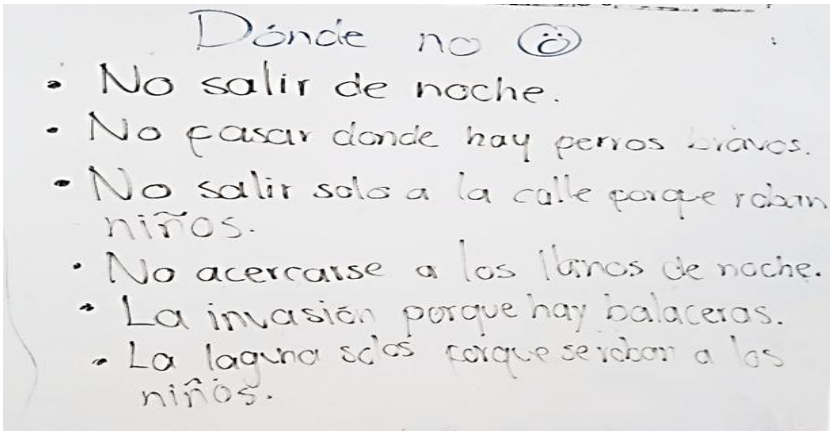
> Pues si quisiera ir al parque que está hasta allá, pero no me dejan porque pues está cerca La Inva y hay mucho tiradero y hay mucho loco [...] Pues hay veces de que los sicarios, de que los mayitos y los Salazar y pues eso que anda circulando por todo Obregón y así, y pues ellos se la llevaron más aquí en la urbi (Yailín, comunicación personal, 7 de abril de 2025).

Sin embargo, en su relato, pese a la limitación de movilidad en su entorno, Yailín tiene un conocimiento de los actores del orden de lo ilegal que ocupan estos territorios, demostrando un saber que circula en la comunidad y de la cual ella se apropia. Igualmente, deja claro su conocimiento en la definición de los espacios en donde la vida en la ilegalidad se asienta, por eso aparece allí "La inva", un espacio de la colonia que se encuentra a las orillas de ésta, donde las casas son habitadas por personas que no son sus dueños, además de existir también asentamientos de casas improvisadas con materiales de cartón y madera. La inva es reconocida en sus relatos como el espacio donde se encuentran los "tiraderos" que son puntos de venta de drogas.

Adicional a la identificación de los espacios, existe una elaboración acerca de las personas que circulan por éstos. De esta manera, en Paula, hay menciones a lo que Niño y Calderón (2020) denominan sujetos del mal, que se describen como personas que tienen una característica contaminante para el entorno, esos sujetos que se pueden percibir como "manzanas podridas" o "casos perdidos" que impiden que haya dinámicas armónicas dentro de la comunidad, ya que ella desea ir al parque cercano a su casa, pero la presencia de estos jóvenes que se reúnen en ese espacio hace que su mamá no la deje ir, en vista de que considera el riesgo inminente si se llega a desarrollar un pleito u otras situaciones.

Así, las vivencias que se han retratado en las narrativas demuestran los rasgos tridimensionales que describe Pearce (2007) para la violencia crónica: intensidad, espacio y tiempo. Los niños y niñas saben que los hechos violentos que han presenciado no son recientes ni son episodios únicos, como lo que se encontró en uno de los talleres en donde se buscaba que los alumnos describieran una noticia reciente y algunos comentarios resonaban como "Uy no ha pasado nada, pero hubiera visto el mes pasado, muchas balaceras" (Cauich, nota de campo, 24 de marzo de 2025). Así mismo, los espacios donde estos hechos pueden suceder se sectorizan, como la descripción de "La Inva" que es un lugar identificado por la comunidad donde no deben ir como muestra la figura 3. Así mismo la intensidad y cercanía de estos hacen que los describan con un impacto e indignación a pesar de ser recurrentes en su contexto.

Figura 3. A dónde no se puede ir en la colonia, elaboración en talleres grupales, 2025



Las percepciones de las niñas y los niños tienen diferencias atravesadas por el género, ya que los niños mencionan la posibilidad de salir con más confianza cuando van con otro amigo de su edad o con algún familiar, pudiendo acceder así de una manera más amplia al espacio público como los parques de cualquier

parte de la colonia a diferencia de las niñas quienes han aprendido por seguridad y por las restricciones impuestas, a no alejarse de su casa. Dicho aprendizaje proviene de las instituciones comunicativas, las cuales Alexander (2006, citado por Arteaga *et al*., 2024), describe como aquellas encargadas de estructurar los sentimientos en mensajes y discursos que se traducen códigos binarios (pertenecer o no, ser violento o no, estar en peligro o no) a partir de los cuales se juzgan los motivos, relaciones e instituciones en las descripciones y evaluaciones específicas.

Esta aseveración parte del contexto temporal inmediato, dado que en marzo del 2024 se vivía un ambiente de miedo y alerta debido a un intento de secuestro de una niña en el centro de la ciudad mientras esperaba el transporte a su secundaria (Redacción Tribuna, 2025), alimentado por el miedo de un audio circulado por la aplicación WhatsApp donde una voz de alguien que pretendía ser parte de una organización criminal narraba cómo iban a existir 10 días en un municipio aledaño donde permitiría robar niños y mujeres y la policía no iba a intervenir. La reacción de padres y estudiantado fue establecer mecanismos de alerta, en caso de existir esta situación y en particular, respecto a las niñas, se reforzó la indicación de no salir, mientras que los niños seguían teniendo esta oportunidad en la medida en que fuesen acompañados.

Este miedo fue socialmente producido, transmitido y reforzado a través de las narraciones familiares que identificó al espacio público como un riesgo y a las niñas en un estado de vulneración, derivado de la opinión pública y la construcción de narrativas a través de las experiencias. De esta manera se reconfiguró su relación con la calle y el espacio público, restringiendo su movilidad y presencia por el hecho de ser niñas, como lo menciona Paula:

> Una amiga de mi madrina iba a su trabajo y de la nada quisieron subir a una camioneta y se metió a una frutería y así son noticias que se corren entre las colonias y que sí dan miedo, porque en sí ella es alguien que desde chiquita la he visto, sus hermanos y todo eso, y sí, me da miedo porque es cerca de mi casa [...] porque hasta hay pruebas, de hecho hace poquito fue porque consiguió los videos donde la estaban siguiendo y todo eso, como es alguien que yo conozco sé que tampoco me va a decir solo por asustar o así solo por darme el consejo (Paula, comunicación personal, 7 de abril de 2025).

Ahora bien, la percepción del peligro asociado a la violencia criminal aparece de forma más clara cuando niñas y niños comparan su colonia actual con otros lugares donde han vivido o presenciado hechos de violencia que ellos consideran de mayor intensidad. En estos casos, la seguridad no se construye como una condición absoluta, sino como un proceso relacional y comparativo, como lo vemos en Héctor, quien contrasta una experiencia previa de cuando vivía en una comunidad pequeña aledaña a Ciudad Obregón, con la actual y relata: "Llegaron muchos sicarios [...] se empezaron a agarrar a balazos [...] bien feo. [...] Aquí está más calmado todo" (Héctor, comunicación personal, 9 de abril de 2025). La intensidad que él pone en las balaceras y el número de sicarios que se enfrentaban en este lugar, se convierte en un indicador de la situación de calma en su actual colonia, aunque para las personas adultas y para la información policial, sea un lugar marcado por alta incidencia de violencia criminal. En este sentido, hay un ejercicio de resignificación de esta violencia a partir de esta intensidad valorativa, al mismo tiempo que expresa de qué manera las experiencias extremas de violencia operan como umbral para reinterpretar el contexto presente, resignificando espacios objetivamente violentos como "tranquilos".

Esta lógica comparativa también se observa en otros relatos, donde la colonia es descrita como "bonita y tranquila" no por la ausencia de violencia, sino porque los hechos no alcanzan la intensidad de experiencias pasadas. Tal como lo plantean Arteaga Botello y Arzuaga Magnoni (2017), la violencia se introduce en procesos de producción de sentido, y encontrará variaciones de acuerdo con la perspectiva que tengan los actores involucrados. Por ello, se propone que no toda la violencia se concibe de la misma manera, dado que el significado cambiará de acuerdo con el contexto cultural y los marcos de referencia.

La capacidad de niñas y niños de resignificar el espacio propio a partir de umbrales de intensidad y marcos comparativos constituye una forma de agencia interpretativa que no puede leerse en el vacío. Cobra sentido cuando se contrasta con las lecturas que producen otros actores que, aunque se sitúan en el mismo territorio, lo hacen desde un lugar distinto. La perspectiva adulta —en particular la del profesorado que transita diariamente por la colonia sin habitarla— permite observar ese contraste analítico y dar cuenta de la especificidad del conocimiento territorial infantil.

4.2. Generación y distanciamiento en la producción de sentido

Desde esta posición de exterioridad relativa, la entrevistas con docentes revelan una lectura del barrio diferente a la que construyen los niños y niñas. Mientras éstos elaboran sus narrativas desde la familiaridad y la pertenencia, el profesorado interpreta el mismo espacio a partir de marcos institucionales y de la distancia de quien entra y sale sin residir allí. El profesorado tiende a interpretar la situación del barrio desde un enfoque más estructural, enfatizando las condiciones de desigualdad social y la presencia normalizada de la violencia.

En este sentido, la maestra Sayra señala que se trata de "una colonia marginada [...] con muchas casas de invasión y personas con problemas de adicción" (Sayra, comunicación personal, 19 de marzo de 2025). De manera similar, el maestro Francisco la caracteriza como "un contexto urbano marginado [...] con zonas precarias donde los alumnos viven situaciones de riesgo, como pandillas, violencia, asaltos, drogadicción" (Francisco, comunicación personal, 20 de marzo de 2025).

Estas interpretaciones adultas refuerzan la dimensión de peligro asociada al espacio barrial, aludiendo a la recurrencia de balaceras, pandillas y puntos de venta de drogas, pero también incorporan una lectura

que vincula dichos fenómenos con procesos estructurales, como la desigualdad social y el consumo problemático de sustancias. Desde esta mirada, la violencia no se presenta únicamente como un conjunto de hechos aislados, sino como una condición favorecida por el entorno.

La maestra Jennifer profundiza en esta idea al describir la colonia como un espacio "caótico", donde "los niños ven casos de violencia y se presta para que vayan y los digan en la escuela" (Jennifer, comunicación personal, 21 de marzo de 2025). Esta apreciación coincide con las narrativas infantiles, en las que los hechos vinculados a la violencia criminal aparecen de manera reiterada en las conversaciones cotidianas, sin configurarse necesariamente como un tema silenciado o prohibido. Al respecto, resulta significativo que los docentes señalen cómo estos acontecimientos se incorporan al discurso cotidiano dentro del espacio escolar, influyendo en la dinámica social del aula y convirtiéndose en materia de reflexión, más que en un tema a evitar. Como expresa la maestra Zuleika: "En cuanto entran al salón, si no me entero de algo, los alumnos llegan y me dicen, maestra ayer hubo balazos, maestra ahora en la mañana pasaron los guachos" (Zuleika, comunicación personal, 13 de marzo de 2025).

El contraste entre las interpretaciones infantiles y adultas permite observar el carácter simbólico de la violencia. Desde ambas posiciones, la violencia adquiere sentidos diferenciados: mientras niñas y niños relatan estos hechos desde una lógica de familiaridad y cotidianeidad, los docentes los interpretan desde marcos de preocupación y alarma. Así, cuando el profesorado alude a la "normalización de la violencia", no se refiere a una aceptación positiva por parte de las niñas y niños, sino a la inquietud que les genera que estos episodios hayan dejado de presentarse como excepcionales y formen parte habitual del repertorio narrativo infantil.

Esta diferencia interpretativa puede explicarse, al menos en parte, por la distancia territorial (al no ser residentes permanentes de la colonia), por la brecha generacional y por el rol social desde el cual se observa el fenómeno de la violencia criminal. Mientras las narrativas infantiles se han elaborado desde códigos de familiaridad y estrategias de sobrevivencia construidas en el propio entorno, los docentes lo hacen desde marcos normativos e institucionales que conciben la violencia como una ruptura del orden social deseable. De este modo, lo que para unos constituye una realidad situada que se narra sin dramatización, para otros representa un signo de alarma sobre los efectos que la exposición constante puede tener en los procesos tempranos de socialización bajo condiciones de riesgo.

No obstante, un análisis más detallado de los discursos docentes sugiere que sus preocupaciones se aproximan más al concepto de desensibilización, de acuerdo con Galán Jiménez (2018), la desensibilización frente a la violencia es un proceso gradual derivado de la exposición reiterada a hechos violentos, que disminuye la respuesta empática y las emociones negativas hacia las víctimas, al tiempo que incrementa la tolerancia o aceptación de la violencia. Sin embargo, las narrativas infantiles recogidas en este estudio no evidencian una indiferencia moral frente a la violencia criminal sino una lógica de familiaridad (Auyero y Berti, 2013), por eso las niñas y niños reconocen estos hechos y expresan juicios valorativos al respecto. Ricardo, por ejemplo, relata que un tío cercano es "narco" y se encuentra próximo a asumir un liderazgo, pero afirma que no le gustaría dedicarse a eso porque sabe que "está mal". De igual manera, Uriel, aunque mantiene cercanía con "los cholitos", señala que muchos de ellos "están bien tontos", al reconocer que el consumo de drogas contribuye a perpetuar la violencia en la colonia. Estas narrativas muestran que, aunque los hechos violentos forman parte de su cotidianeidad y de sus conversaciones, no se traducen en una aceptación moral ni en una postura de indiferencia.

En este sentido, más que un proceso de desensibilización, lo que se observa es la construcción de estrategias de seguridad ontológica. Las niñas y niños realizan un esfuerzo por ordenar e interpretar la violencia a partir de marcos que les permiten sostener certezas, establecer límites morales y preservar un sentido de control sobre la realidad que habitan. Nombrar la violencia sin evadirla, reconocerla sin legitimarla y hablar de ella sin asumirla como destino se convierte en una forma de reafirmar la estabilidad interna frente a un entorno profundamente inestable. Así, el lenguaje y la narrativa no operan como indicadores de una "normalización" emocional de la violencia, sino como recursos simbólicos que posibilitan seguir habitando el mundo sin quebrarse ante él.

En este sentido, la expresión "mi colonia es bonita pero peligrosa" sintetiza una experiencia situada del espacio social en donde el barrio es simultáneamente hogar y amenaza, espacio de afecto y de alerta constante. Sus experiencias no permanecen ajenas a estas dinámicas, sino que elaboran lecturas propias sobre su entorno a partir de vivencias directas, relatos compartidos y memorias colectivas, configurando una forma particular de habitar el espacio barrial en contextos atravesados por la violencia criminal (Pearce, 2007). Esta ambivalencia evidencia que niñas y niños no solo padecen la violencia, sino que participan activamente en la producción de sentidos sobre el lugar donde éstas ocurren de manera sistemática.

5. La cartografía infantil del miedo. La movilidad infantil a partir de los códigos de seguridad y vulnerabilidad.

Las experiencias de niñas y niños que habitan contextos atravesados por la violencia criminal muestran que el miedo no opera únicamente como una emoción individual, sino como un principio organizador de la relación con el espacio. A partir de sus vivencias, relatos familiares y narrativas comunitarias, ellas y ellos desarrollan formas específicas de leer el territorio, identificar riesgos y delimitar zonas de tránsito permitido o prohibido. Estas lecturas conforman lo que en este estudio se denomina "cartografías infantiles del miedo": mapas simbólicos y prácticos que orientan la movilidad cotidiana y las estrategias de cuidado en el espacio barrial.

Diversos estudios han señalado que la percepción de inseguridad influye directamente en la experiencia del lugar y en la movilidad infantil, dando lugar a estrategias de afrontamiento que, si bien buscan reducir el riesgo, también limitan la exploración del entorno y afectan la calidad de vida (Vargas Silva *et al*., 2022), en las narrativas que niñas y niños compartieron y fueron analizadas, estas cartografías no se construyen de manera abstracta, sino a partir de referencias espaciales concretas, experiencias directas y saberes compartidos que circulan en la comunidad.

Durante las entrevistas y talleres participativos, las niñas y niños identificaron con claridad los lugares que consideran peligrosos y, por tanto, no recomendables para transitar. De manera reiterada señalaron la zona conocida como "La inva", siendo este un espacio prohibido dentro de su colonia que se visualiza en los ejercicios gráficos: este lugar aparece delimitado como un territorio asociado a enfrentamientos armados y balaceras frecuentes, ubicado en los límites entre la colonia Urbi Villa del Real y el ejido Tepeyac. Andrés, uno de los entrevistados vive en las cercanías de este lugar, por lo cual nos relata una experiencia cercana a un enfrentamiento armado mientras nos contaba a que lugares no le es permitido ir:

> M: ¿Allá no te dejan ir, por qué dices que no te dejan ir?
>
> Andrés: Pues porque está muy peligroso, matan. Pues hay muchas balaceras ahí [...] De hecho, un día estaba acostado, estaba solo porque temprano estaba en el parque, yo estaba en el teléfono. Y había una persecución a "La Inva" y se escucharon balazos, y mi mamá había dejado la lavadora prendida y con la ventana abierta. Y yo fui a cerrar la ventana rápido y me fui al cuarto de mi mamá porque haz de cuenta, está en mi cuarto aquí, un cuarto aquí, y el cuarto de mi mamá aquí esta (señala en la mesa dicha distribución). Ah, pues yo estaba aquí en mi cuarto con la ventana cubierta cerré ahí y me fui al cuarto de mi mamá, porque está hasta la pared y acá esta la ventana. Ah, pues yo me puse ahí y me tapé y me puse a ver TikTok en lo que pasaba la balacera.
>
> M: Ah, entonces se escuchó cerca, y tú, ¿por qué crees que pasa eso de las balaceras ahí en la invasión?
>
> Andrés: Fue porque robaron muchas motos, creo yo. Una tía que vive en campo 2, estaba en la Urbi y le robaron la moto y la hallaron en La Inva. Y la hallaron toda desbaratada. (Andrés, comunicación personal, 7 de abril de 2025).

La narrativa de Andrés ilustra cómo este conocimiento territorial se articula con experiencias personales y familiares, así como con estrategias concretas de autoprotección. Al relatar un episodio de persecución y balacera cercana a su hogar, Andrés describe no solo el miedo vivido, sino también las acciones que emprendió para resguardarse: cerrar ventanas, cambiar de habitación y distraerse mientras pasaba el peligro. Su relato evidencia que el miedo se traduce en prácticas corporales y espaciales aprendidas, orientadas a minimizar el riesgo inmediato sin perder la capacidad de continuar con la vida cotidiana.

Más allá de La Inva, también identifican otros espacios prohibidos, como parques lejanos, calles solitarias y los llamados "tiraderos", casas donde se vende droga. Estas zonas no siempre son evitadas por haber sido escenario de un evento violento directo, sino por la carga simbólica que se les atribuye a partir de narrativas compartidas. Como señala Sofía: "Solamente no salgas de noche de tu casa y no vayas tan lejos así de tu casa" (Sofía, comunicación personal, 7 de abril de 2025). De este modo, la cartografía del miedo no solo delimita lugares, sino también trayectos y tiempos, estableciendo cuándo y cómo es posible habitar el espacio público.

Las cartografías infantiles del miedo se sostienen a través de fronteras invisibles que organizan la vida cotidiana. Estas fronteras no siempre corresponden a límites físicos claros, sino a percepciones colectivas construidas mediante relatos familiares, experiencias comunitarias y discursos institucionales (Massey, 1994). En este sentido, el miedo se transmite y se aprende, configurando una lectura compartida del territorio que indica qué evitar y qué vigilar.

La violencia criminal deja huellas simbólicas que exceden a las víctimas directas y se inscriben en el espacio barrial. Siguiendo la noción de dimensión performativa de la violencia planteada por Arteaga Botello y Arzuaga Magnoni (2017), para las niñas y niños, estos mensajes se traducen en una comprensión temprana de que ciertos lugares están "marcados" y deben ser evitados, aun cuando no hayan presenciado directamente los hechos. Desde esta perspectiva, el barrio se convierte en un escenario cargado de significados sociales donde el espacio público aparece intervenido por fuerzas externas a su círculo inmediato. La violencia, al hacerse recurrente, deja de percibirse como un evento excepcional y comienza a organizar las prácticas cotidianas, estableciendo límites explícitos e implícitos a su movilidad por este espacio.

En algunos casos, las cartografías del miedo revelan procesos de familiarización con la violencia, donde ciertos elementos del crimen organizado se integran al paisaje cotidiano sin ser percibidos necesariamente como una amenaza inmediata. La narrativa de Ricardo resulta ilustrativa al describir la presencia de "tiraderos" cercanos a su hogar y, aunque reconoce que son espacios vinculados a actividades ilícitas y que sus padres le prohíben pasar por ahí, afirma que "lo siente normal porque en cualquier lado hay".

Esta familiaridad no implica una aceptación moral de la violencia, sino una forma de adaptación a un contexto donde las fronteras entre lo legal y lo ilegal se vuelven difusas. En escenarios atravesados por economías ilícitas, la violencia puede integrarse al orden moral local y convertirse en parte del repertorio cotidiano con el que las niñas y niños interpretan su entorno (Bourgois, 2010). De esta manera, el peligro no desaparece, pero se redefine: se aprende a convivir con él, a reconocerlo y a evitarlo cuando es posible. Desde la noción de violencia crónica, esta adaptación se explica por la persistencia de la violencia en el

tiempo, el espacio y la intensidad, las niñas y niños saben que los hechos violentos no son recientes ni aislados, y esta continuidad moldea su forma de percibir y habitar el territorio. Las cartografías del miedo, en este sentido, no solo marcan zonas prohibidas, sino que reflejan una reorganización profunda de la experiencia espacial.

Las narrativas de los docentes confirman que estas fronteras invisibles no son exclusivas de las niñas y niños, sino que atraviesan a la comunidad en su conjunto. El ausentismo escolar posterior a episodios de violencia armada, señalado por el profesorado, evidencia cómo el miedo colectivo reorganiza rutinas familiares y prácticas de cuidado. Padres y madres optan por resguardar a sus hijas e hijos en casa, restringiendo su movilidad como una estrategia de protección.

No obstante, esta regulación diferenciada del espacio impacta de manera desigual a niñas y niños, como lo hemos mencionado anteriormente. Mientras algunos niños pueden acceder al espacio público bajo ciertas condiciones de acompañamiento, las niñas tienden a experimentar mayores restricciones, viéndose obligadas a replegarse hacia la esfera doméstica. Este repliegue limita sus oportunidades de juego, socialización y ejercicio del derecho a la ciudad, profundizando desigualdades de género ya existentes.

En conjunto, las cartografías infantiles del miedo muestran que la violencia criminal no solo produce daño físico, sino que reconfigura la forma en que niñas y niños conocen, recorren y significan su entorno. A través de estas lecturas situadas del espacio, las ellas y ellos desarrollan estrategias para habitar un territorio marcado por el riesgo, evidenciando su agencia interpretativa y su capacidad para producir sentido incluso en contextos profundamente adversos.

6. Conclusiones

Este artículo analizó las significaciones que niñas y niños construyen sobre el espacio barrial en un contexto de violencia criminal, mostrando que el territorio no se vive únicamente como un escenario físico, sino como un espacio social cargado de señales, límites y reglas prácticas que orientan la vida cotidiana. La expresión "mi colonia es bonita pero peligrosa" condensa una experiencia ambivalente: el barrio es simultáneamente hogar, red afectiva y lugar de encuentro, pero también un entorno atravesado por riesgos que los niños aprenden a identificar y gestionar. En este sentido, el hallazgo principal no es solo la presencia de violencia, sino la forma en que ésta se inscribe en la experiencia del lugar y reorganiza la manera de habitarlo.

Las narrativas infantiles evidencian una agencia interpretativa que suele quedar opacada en abordajes centrados en la vulnerabilidad, en este estudio las y los participantes no solo describen hechos o repiten discursos adultos, sino que elaboran lecturas propias sobre actores, prácticas y espacios: nombran zonas (como La Inva), reconocen funciones sociales de lugares (tiraderos), delimitan trayectos y establecen horarios permitidos o prohibidos. Este conocimiento territorial se construye a través de vivencias directas, relatos familiares y memorias comunitarias, conformando cartografías cotidianas del miedo que operan como mapas prácticos para saber moverse en el barrio. La violencia criminal aparece así no solo como evento, sino como un marco de inteligibilidad que estructura percepciones, decisiones y rutinas.

Un segundo aporte consiste en mostrar que estas cartografías no se reducen a una reacción emocional, dado que, en varios relatos, el miedo se traduce en prácticas situadas de autoprotección como resguardarse, evitar zonas, cerrar ventanas, permanecer en casa, y en formas de gestión simbólica de la experiencia: hablar de la violencia, nombrarla y narrarla funciona como un modo de ordenar lo vivido sin necesariamente legitimarlo. Esto resulta relevante para matizar interpretaciones adultas que suelen describir estas narrativas como "normalización" o "desensibilización". Si bien la exposición reiterada a hechos violentos puede generar familiaridad, los relatos infantiles recuperados conservan juicios morales, límites y distinciones: se reconoce que ciertas prácticas "están mal", se identifica la responsabilidad de actores y se expresa rechazo a la participación en dinámicas criminales. Más que indiferencia, se observan esfuerzos por sostener certezas y control en un contexto inestable, lo que sugiere la presencia de estrategias para garantizarse una seguridad ontológica.

El análisis también evidencia que la regulación espacial producida por el miedo no afecta de manera homogénea, las restricciones que viven quienes habitan estas colonias se encuentran marcadas por el género: mientras algunos niños reportan mayor acceso al espacio público bajo condiciones de acompañamiento, las niñas tienden a experimentar controles más estrictos y un repliegue más pronunciado hacia el ámbito doméstico. Esta diferenciación no solo limita el juego y la socialización, sino que acota oportunidades de autonomía y participación en la vida barrial, profundizando desigualdades que anteceden al contexto violento pero que se intensifican bajo condiciones de riesgo.

Finalmente, el trabajo sugiere implicaciones para la investigación y la intervención social. En términos metodológicos, reafirma el valor de enfoques participativos que permiten captar la dimensión espacial y simbólica de la violencia desde la experiencia infantil, evitando lecturas adultocéntricas. En términos sustantivos, muestra que las políticas de protección y los programas comunitarios no pueden pensarse únicamente desde indicadores de violencia o desde la lógica del control policial, sino también desde cómo niñas y niños viven el espacio, qué lugares pierden, qué trayectos se vuelven imposibles y qué prácticas de cuidado emergen como respuesta. Reconocer estas cartografías infantiles del miedo no implica romantizar la adaptación, sino visibilizar los costos cotidianos, especialmente para las niñas, y a partir de ello, imaginar alternativas que restituyan condiciones mínimas de movilidad, juego y convivencia sin exigir que sigan "aprendiendo a sobrevivir" como única forma de habitar su barrio.

No obstante, los alcances de este trabajo al ser de una investigación cualitativa y desarrollada en una colonia de Ciudad Obregón, Sonora con la participación de un número acotado de participantes

seleccionados con criterios de pertinencia y saturación teórica, implica que sus hallazgos no tienen pretensión generalización sino de profundidad, ofreciendo una lectura situada y densa de la experiencia de las niñas y niños participantes que pueden resonar con dinámicas documentadas en otros contextos urbanos del norte de México y de América Latina. Asimismo, la ausencia de un seguimiento longitudinal impide observar cómo estas cartografías aquí discutidas, se transforman con el tiempo o en respuesta a cambios que se producen por el escalamiento o reducción de la violencia. Este límite también es una puerta abierta a futuras investigaciones que promuevan análisis comparativos entre colonias con distintos niveles de exposición a la violencia, así como seguimiento a estos cambios en las dinámicas de la propia violencia dentro del territorio.

7. Referencias bibliográficas

Alexander, J. C. (2006). *The civil sphere*. Oxford University Press.

Arias, E. D. (2006). *Drugs and democracy in Rio de Janeiro: Trafficking, social networks, and public security*. University of North Carolina Press.

Arias, E. D. y Goldstein, D. M. (Eds.). (2010). *Violent democracies in Latin America*. Duke University Press.

Arteaga Botello, N. y Arzuaga Magnoni, J. (2017). *Sociologías de la violencia: Estructuras, sujetos, interacciones y acción simbólica* (1.a ed.). FLACSO-México. https://doi.org/10.2307/j.ctt21kk19s

Arteaga, N., Mejía, E., Spindola, O., Acuña, F. y Mollericona, D. (2024). *La violencia en México: Feminicidios, desapariciones, ejecuciones* (1.a ed.). Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede México. https://doi.org/10.2307/jj.15136083

Bourgois, P. (2010). *En busca de respeto: vendiendo crack en Harlem*. Siglo Veintiuno Editores Argentina.

Castaño Zapata, D. y Ruiz Romero, G. (2019). "Con el Jesús en la boca": Miedo y vida cotidiana en sociedades en guerra. El caso de Tumaco (Nariño, Colombia). *Horizontes Antropológicos*, *25*(54), 23-50. https://doi.org/10.1590/s0104-71832019000200002

Clandinin, D. J. y Connelly, F. M. (1995). *Pesquisa narrativa. Experiencia e historia em pesquisa qualitativa* (2.a ed.). EDUFU.

Galán Jiménez, J. S. F. (2018). Exposición a la violencia en adolescentes: Desensibilización, legitimación y naturalización. *Diversitas*, *14*(1), 55-67. https://doi.org/10.15332/s1794-9998.2018.0001.04

Giddens, A. (1984). *La constitución de la sociedad. Esquema de la teoría de la estructuración*. University of California Press.

Guba, E. G. y Lincoln, Y.S. (2000). *Paradigmas en competencia en la investigación cualitativa*. Libto.

Hernández Sampieri, R., Baptista Lucio, P. y Fernández Collado, C. (2003). *Metodología de la investigación* (3ra ed). Ed. McGraw-Hill.

Holloway, S. L. y Valentine, G. (2000). Spatiality and the new social studies of childhood. *Sociology, 34*(4), 763–783.

Karsten, L. (2003). Children's use of public space: The gendered world of the playground. *Childhood, 10*(4), 457–473.

Laing, R.D. (1960). *El yo dividido: un estudio existencial sobre la cordura y la locura*. Penguin

Massey, D. (1994). *Space, place, and gender*. Polity Press.

Matthews, H., Limb, M. y Taylor, M. (2000). The 'street as thirdspace'. En S. L. Holloway y G. Valentine (Eds.), *Children's geographies: Playing, living, learning* (pp. 63–79). Routledge.

Matthews, H., y Limb, M. (1999). Defining an agenda for the geography of children: Review and prospect. *Progress in Human Geography, 23*(1), 61–90.

Moser, C. y McIlwaine, C. (2004). *Encounters with violence in Latin America: Urban poor perceptions from Colombia and Guatemala*. Routledge.

Niño, N. (2019). La calle y el barrio como entornos violentos y espacios de subjetividad política de niños, niñas y jóvenes en la ciudad fronteriza de Cúcuta. *Sociedad e Infancias, 3, 65-82*

Niño, N. y Calderón, O. (2020). Los jóvenes y su aceptación de los actores de la violencia armada. En Treviño, J.; Atuesta, L., (coord.) *La muerte es un negocio. Miradas cercanas a la violencia criminal en América Latina* (pp. 137-160). CIDE.

Niño, N., Flores, L. y Cortes, R. (2019). Narrativas de la violencia en la colonia Sánchez Taboada en Tijuana: entre el desamparo y la ciudadanía activa. En *Seguridad Humana y violencia Crónica en México: Nuevas lecturas y propuestas desde abajo* (pp. 103-134). Instituto Tecnológico Autónomo de México-Miguel Ángel Porrúa.

Ospina-Alvarado, M. C., Carmona-Parra, J. A. y Alvarado-Salgado, S. V. (2014). Niños en contexto de conflicto armado: narrativas generativas de paz. *Infancias Imágenes, 13*(1), 52-60

Pearce, J. (2007). Violence, Power and Participation: Building Citizenship in Contexts of Chronic Violence. *Institute of Development Studies*, 1-64.

Pinheiro, P. S. (2006). *World report on violence against children*. United Nations.

Redacción Tribuna (2025, marzo 19). Reportan presunto intento de «levantón» contra una menor en el Centro de Ciudad Obregón. *Tribuna Sonora.* https://www.tribuna.com.mx/seguridad/2025/3/19/reportan-presunto-intento-de-levanton-contra-una-menor-en-el-centro-de-ciudad-obregon-397570.html

Rivas Espinosa, A. y Terra Polanco, V. (2024). Percepciones de niñas y niños sobre su hábitat en contextos urbanos informales. Valparaíso, Chile. *Sociedad e Infancias*, *8*(1), 25-36. https://doi.org/10.5209/soci.94291

Sánchez López, G. (2023). “Aquí matan todo el tiempo”: La experiencia de niñas y niños frente a la muerte violenta y la omisión del Estado en el norte de Monterrey. En S. Durin (Ed.), *Infancias amputadas, adolescencias en riesgo: Militarización y violencias en el noreste de México* (1ª edición) (pp. 99-146). Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

Trejo, G., y Ley, S. (2020). *Votes, drugs, and violence: The political logic of criminal wars in Mexico*. Cambridge University Press

Vargas Silva, A., Martínez Ruiz, D. T. y Urquijo Torres, P. S. (2022). Movilidad infantil, rango espacial y experiencia de lugar (Morelia, México). *PatryTer*, *5*(9), 73-87. https://doi.org/10.2651